

XXVII.

¿Mas por qué se estremece, ¡santo cielo!
Quiere partir, vacila conturbada?
¿Notó al fin de Fernando el tierno anhelo
Y ardió su corazon con su mirada?
¡Quién lo sabe! los ojos hácia el suelo
Inclinando, partió precipitada,
Buscó el caballo que encontró al momento,
En él subió ligera como el viento.

XXVIII.

Y partió sobre el bruto generoso
Que ufano con tal carga parecía,
Levantando la tierra en que orgulloso
La planta apénas volador ponía:
Fernando con la vista sigue ansioso
Su curso, sin saber lo que sentía;
Mas entre ramas, raudo cual centella,
Despareció el caballo con la bella.



FERNANDO Y MARÍA.

CANTO SEGUNDO.

I.

Manso el mar aparece, grato viento
Apénas riza su estension serena,
Solo de tarde en tarde movimiento
Mayor le imprime, cuando ronco suena
Para soplar despues con dulce aliento,
Deslizando las aguas en la arena;
Pero de pronto el huracan avanza
Y las olas sin fin, al cielo lanza.

II.

Así pues, la ecsistencia en quietos dias
A veces blandamente se desliza,
Viene negro pesar y con impías
Impresiones el alma martiriza;
Suelen tornar despues las alegrías
Y con ellas la vida se ameniza;
Mas si la embiste la pasion violenta,
Es la vida no mas fiera tormenta.

III.

Ya á grato amor el corazon abierto;
Como al halago de la brisa errante
Las amorosas palmas del desierto,
En ilusion feliz se goza amante;
Ya entre las sombras de un placer incierto,
En el caos de la duda, vacilante
Se agita con horror en fiebre ardiente,
Quedando en triste calma de repente.

IV.

¡Dulce impresion de amor, copiosa fuente
De sensaciones, de deleites nido,
De la ecsistencia en la fugaz corriente
Ribera del placer, huerto florido
Embalsamado con el blando ambiente
Del Paraíso por el mal perdido;
Por tí, á la dicha el corazon se lanza
Sobre el ala veloz de la esperanza.

V.

Por tí, en la soledad se abren las rosas
Cándidas como nieve y purpurinas,
Y flotan en las playas arenosas,
Con la espuma del mar, conchas marinas;
Por tí, al Oriente emigran bulliciosas
Buscando al sol las fieles golondrinas,
Y el águila caudal tras la hembra sube
Muy mas allá de vaporosa nube.

VI.

Por tí, aparecen perfumadas, bellas,
Las costas escarpadas y remotas,
Donde á la tibia luz de las estrellas
Míranse al léjos las perdidas flotas;
Por tí, en climas ardientes, las camellas
Junto á las aguas para el hombre ignotas,
Buscan para el placer agreste huerto
En arenoso y bárbaro desierto.

VII.

¡Feliz Fernando, cual jamas lo fuera!
Sintió de amor la sensacion divina,
No débil y voluble y pasagera,
Que llega, halaga y vuela repentina;
Sino aquella impresion que duradera
Tan solo á amar al corazon destina,
Grata como el placer que el ángel sueña,
Pero profunda al paso que halagüeña.

VIII.

Contempló á la beldad en templo santo
En éxtasis divino sumergida,
Quedando su alma con divino encanto
En éxtasis de amor embebecida;
Vióla partir despues y hondo quebranto
En aquel punto emponzoñó su vida,
Quedando como herido por centella
Cuando á sus ojos se perdió la bella.

IX.

De pronto no siguió su raudó curso,
Que sus sentidos embargó el tormento,
Que de febril amor en el discurso
Nos conduce el error al sufrimiento,
Haciendo desechar en el concurso
De circunstancias un feliz momento,
Los piés atando al que correr debiera,
Y la lengua al que hablando feliz fuera.

X.

Partió despues sobre caballo altivo
Y recorrió los campos mas cercanos,
Y no viéndola en ellos, mas activo
A los campos lanzóse mas lejanos;
Como corre veloz en junio estivo
Sediento ciervo los regados llanos,
Un remanso buscando de agua pura
Para apagar la sed con su frescura.

XI.

Y volvió á recorrer la vega hojosa,
El llano inculto, las quebradas peñas,
Y creyóla mirar en numerosa
Comparsa que divisa: por las breñas
Atraviesa veloz, llega. La hermosa
Lo mira; son, son las propias señas
De su trage y caballo; mas no es ella,
Que es otra jóven mucho ménos bella.

XII.

Y en todas partes vése preguntando,
En pastorías, en chozas, en caminos,
Las señas de la hermosa á todos dando,
Sin poder dar con ella; descaminos
Desconocidos cruza, tropezando
Su corcel en las quebras; entre pinos
Elevados se encuentra, en desiguales
Barrancos, en espinos y zarzales.

XIII.

Y no hallándola al fin, su acento tierno
La llamó muchas veces sin provecho,
Concibiendo despues constante, eterno
Su aislamiento, el dolor hirió su pecho;
Y entónces á las furias del averno
Con furor invocando en su despecho,
El camino tomó de su morada,
Con un puñal el alma atravesada.

XIV.

Noches horribles, prolongados dias
De duda, de esperanza, de honda pena,
En combates violentos y en sombrías
Impresiones pasó; ya su alma llena
De esperanza feliz con alegrías
Un instante gozábbase serena,
Ya henchido con las hieles del tormento
Sorprendíale de pronto un pensamiento.

XV.

Ya se imagina de placer colmado
Que encuentra con la bella á quien adora,
Y escucha ya, su acento enamorado
Que á su voz corresponde halagadora,
Y siente que en su pecho entusiasmado
Su cabeza reclina abrasadora;
Y apura en un momento de caricias
Una vida de amores y delicias.

XVI.

Desierta y enfadosa su morada
Parécele tal vez; en el momento,
Dejándola del todo abandonada
A otro punto se acoje, descontento
En él, sintiendo acaso duplicada
Su inquietud, se resuelve en su tormento
A otro lugar correr, y á mil corría
Y en todos con su pena discurría.

XVII.

Infeliz! olvidaba que en el seno
De su pecho llevaba solamente
El torcedor constante, y que el veneno
De su pasión como fatal torrente
Envolviendo su ser, nunca sereno
Habíalo de dejar: ni clara fuente,
Ni bosque umbroso, ni vergel amado
Son gratos para un pecho desgarrado.

XVIII.

Así lo conoció, y entónces yerto,
Quedó sin esperanza y abatido,
Cual pobre peregrino que en desierto
De pronto contemplándose perdido,
Ya no intenta volver con paso incierto
Ni adelante, ni atras, y dolorido,
Solo en la muerte piensa hallar consuelo,
Y morir pide sin cesar al cielo.

XIX.

Mas al fin, como aquel que de hondo sueño
Despierta y á la luz torna sus ojos,
Y juzga el cielo al despertar risueño
Y prósperos del sol los rayos rojos;
Así Fernando juzga que halagüeño
Será su porvenir, de sus enojos
Se burla, y jura al cielo que señora
Suya será, y esposa la que adora.

XX.

Buscarla hasta encontrarla fué su intento,
De rodillas decirle sus pesares;
Pero de pronto duda, en un momento
De los zelos sumérjese en los mares,
Creyéndola con santo juramento,
Pronunciado de Dios en los altares,
A otro hombre unida, y jura por Dios fuerte,
Jura lidiar con él y darle muerte.

XXI.

Entre dolores reales é ilusiones
Efimeras, aunque harto halagadoras,
Adormido en celestes emociones,
O en tormentos hundido, á todas horas
Se irritaban sus férvidas pasiones,
A cada instante mas abrasadoras;
Como crece el incendio por momentos,
Si lo fomentan encontrados vientos.

XXII.

En las alas del tiempo incontenibles
Así pasó dos meses de amarguras;
Para el que pena largos, insufribles;
Cortos para el que goza de venturas;
Pero ya la esperanza en tan terribles
Dolores le abandona, y á las duras
Reflexiones se lanza que le ofrece
La realidad al que sin fin padece.

XXIII.

Una tarde que en campos anchurosos
Sobre su fiel caballo discurría,
Fijando en pensamientos amorosos
Su siempre acalorada fantasía;
No mirando los cielos tempestosos,
Su carrera siguió por fácil vía,
Hasta que de tormenta en la bravura
Envuelto se encontró y en noche oscura.

XXIV.

Sorprendido se encuentra entre la niebla
Sin rumbo cierto que seguir, no mira
Camino alguno; el horizonte puebla
El relámpago vívido, y espira
El relámpago presto, y la tiniebla
Mas arrecida crece, y solo gira
Fernando sobre un lago dilatado
Que la lluvia á raudales ha formado.

XXV.

Los vientos con furor raudos soplaban,
Descendía de los cielos en torrentes
La lluvia sin cesar, y retumbaban,
Al volar de relámpagos lucientes,
Los rayos que en las peñas reventaban,
Derrumbando los troncos eminentes,
Y dejando la tierra estremecida
En el horror y oscuridad hundida.

XXVI.

Al acaso Fernando, sin camino,
No encontrando señal de humanas huellas,
Impaciente vagaba sin destino;
Que tan solo al fulgor de las centellas
Hondas quiebras miraba de continuo,
Su corcel tropezando en todas ellas;
Pero de pronto entre la niebla umbría
Un sendero miró y una alquería.

XXVII.

Por él se dirigió, y á ella llegando,
A sus cerradas puertas tocó luego;
Entreabriólas un viejo preguntando
A Fernando su objeto; con sosiego
Respondióle, los cielos señalando,
Que un albergue buscaba, y á su ruego
Por aquel hombre las pesadas puertas
Fueron de par en par, al fin abiertas.

XXVIII.

Con la espuela al troton tocóle al punto
Y al patio se introdujo con presteza
Donde en tierra se puso, casi junto
De una alumbrada y espaciosa pieza;
A ella se acerca, y mira el gran conjunto
De muebles en desórden, y que reza
Una muger percibe, que al mirarlo
Hasta la puerta vínose á encontrarlo.

XXIX.

Y casi lo detiene: él ecsamina
Su faz, aunque mudada, siempre bella,
Reconocerla quiere, á ella se inclina
De rodillas cayendo.—“Es ella, es ella”—
Grita fuera de sí.—“Creacion divina”—
Le dice con fervor—“Tu luz destella
“Sobre este corazon, la muerte anhelo;
“O la tumba ó tu amor, ángel del cielo.”—

XXX.

“¡La tumba!”—Le responde ella temblando
Con espantada faz y dolorida,
Da un paso atras y avanza señalando
Un cadáver.—“Ayer perdió la vida
“Mi pobre madre”—dícele llorando—
“Vedla, señor, allí, allí tendida.”
Fernando se aprocsima y ve á su amada
Cayendo en el cadáver desmayada.

